

estrofas siguientes darán alguna muestra de su estilo:

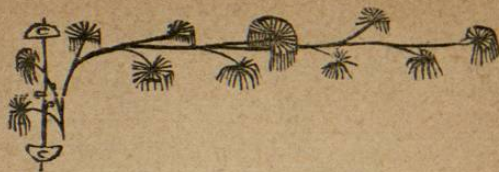
«¡Oh resfulgente Febo, oh casta Diana,
De las selvas señora!
Lucientes astros que el mortal adora!
De la gente romana
Á vuestras aras puesta
Oid el voto en la sagrada fiesta.

.....
Dad á la juventud, ¡oh soberanos
Númenes protectores!,
Costumbres y virtudes superiores,
Descanso á los ancianos,
Y á la Romúlea gente
Hijos, riqueza y gloria permanente.

Y el que de blancos toros grata ofrenda
Os tributa en el ara,
De Anquises y de Venus sangre clara,
Reine, y su imperio extienda,
León en lid osado,
Y apacible deidad con el postrado.

Ya por tierra y por mar despavorido
Al romano denuedo,
Y á la albana segur respeta el Medo:
Ya leyes han pedido
El Scita insolente
Y el que del Indo bebe en la corriente.

Ya la fe, paz, honor y la olvidada
Virtud en nuestro suelo,
Y el antiguo pudor tornan del cielo:
Ya en la patria adorada
Luciendo un siglo de oro,
Difunde la abundancia su tesoro.»



LA POESÍA HORACIANA

EN

PORTUGAL

I.

SIEMPRE y en todo ha seguido Portugal el curso de la civilización española. Su literatura pasa por los mismos períodos y transformaciones que la de Castilla. Al triunfo de la escuela *latino-itálica* de Boscán y Garci-Lasso, entre nosotros, corresponde allí el triunfo de Sá de Miranda, discípulo y secuaz de la misma escuela. Su viaje á Italia entre 1521 y 1525 ejerció influencia decisiva en su gusto y tendencias. En la lírica no fué horaciano Sá de Miranda, mas sí en las epístolas, que son su mejor título de gloria. *Graves y doctas* las llamó Antonio Ribeiro dos Sanctos. Entre todas se distingue la dirigida al Rey D. Juan III:

«Rey de muitos Reys, se hum día
Se huma hora só, mal me atrevo....»

cuyo principio trae á la memoria el *Cum tot sustineas*. Llena esta composición de sesudos consejos, de sentencias expresadas con tal concisión y felicidad que han llegado á hacerse proverbiales; escrita en quintillas sueltas, fáciles y perfectamente redondeadas, merece bien la fama que alcanza. Tiene un sabor nacional de bonísima ley: recuerda á veces la poesía didáctica de los tiempos medios, los *Consejos del Rabbi Don Sem Tob*, por ejemplo; otras se aproxima á la manera valiente, comedida y discreta con que hablan á los príncipes los personajes de nuestro antiguo teatro:

« Quem graça ante o Rey alcança
E hi falla o que não deve
(Mal grande de má privança)
Peçonha na fonte lança
De que toda a terra bebe....
Homen d'hum só parecer,
D'hum só rosto, e d'hum fe,
D'antes quebrar que torcer,
Outra cousa pode ser
Mas de corte homen não he....
As publicas santidades,
Estes rostos transportados
Não em ermos mais cidades,
Para Deos são vaydades,
Para nos vão rebuçados.... »

El noble carácter moral de Sá de Miranda, retirado en su quinta de Tapada, y malquisto de los cortesanos por su independencia y seve-

ridad, da más precio á los pensamientos morales, por otra parte comunes y sin gran color poético, de esta epístola.

Agradable es también la dedicada á Joao Ruiz de Sá de Meneses. El moralista condena duramente el lujo y consiguiente ruina de costumbres que las riquezas de la India trajeron á Lusitania:

« Destes mimos indianos
Ey gran medo a Portugal
Que nos recreaçã taes danos,
Como os de Capua a Hannibal
Vencedor de tantos annos.
A tempestade espantosa
De Trebia, de Trasimeno,
De Canas, Capua viciosa
Venceo em tempo pequeno.... »

En dos enérgicos versos parece encerrar el poeta la condenación de la Reforma:

« De fe que não de sophismas
Quer Deos os peitos accesos. »

Igual pureza de sentimientos y tersura de expresión muestran las epístolas á Pero Carvalho y á Men de Sá. Repítase, no obstante, mucho en frases y en ideas el autor, aun en la hermosa carta á Antonio Pereyra, que tiene mucho parecido con la de Boscán á D. Diego de Mendoza. Es curioso el pasaje en que refiere las lecturas que él y Pereyra hacían de consuno:

« Des hi o gosto, chamando
A móres outros sabores,

Liamos polos amores
 Tam bem escritos d'Orlando,
 Emvoltos en tantas flores.

Liamos os *Assolanos*
 De Bembo, engenho tan raro
 Nestes derradeiros anos,
 Cos pastores italianos
 Do bom velho *Sannazaro*.

Liamos polo alto *Lasso*
 E seu amigo *Boscán*;
 Honra d'Espanha que são;
 Hiame meu passo a passo
 Aos nossos que aqui não vão.»

Las descripciones de la corte y de la aldea en esta y otras epístolas tienen tanta sencillez como halago. No se trasluce en Sá de Miranda rastro de afectación alguna. El giro aforístico está muy en armonía con su modo de pensar y de ser. Alguna vez intercala cuentos y fábulas, como la de *Los dos ratones*, tomada de Horacio:

«Um rato usado á cidade
 Tomou-o a noite por fóra
 (: Quem foge necessidade?):
 Lembrou-lhe a velha amisade
 D'outro rato que ali mora...»

(*Carta á Men de Sá.*)

Esta fábula era antigua en la literatura peninsular: hállase en el Archipreste de Hita, mejor contada que en Sá de Miranda.

Las cartas de éste en tercetos no valen tanto como sus versos cortos. Era Sá de Miranda ingenio de temple muy peninsular, y no entró sino

á medias en las vías del Renacimiento. Su pluma, tan fácil y diestra en dar forma sentenciosa á los conceptos, cuando sigue la traza de los proverbios y adagios populares y las formas de la metrificaci6n castellana, corre con dificultad y aspereza por el carril de los endecasílabos toscanos, y tropieza en los mismos guijarros agudos en que resbalaron Boscán y Mendoza. Excepciones hay de esta regla: á cualquier versificador honrarían estos dos tercetos de la carta á D. Fernando de Meneses, y nótese con qué concisión y acierto encierran un juicio literario:

«Despois co'a melhor lei, entrou mais lume,
 Suspirose melhor, veo outra gente
 De que Petrarcha fez tão rico ordume.
 En digo os Proenças, de que ao presente
 Inda rithmas ouvimos, que entoárão
 As Musas delicadas altamente...»

Sá de Miranda conocía las obras de aquellos provenzales de que *Petrarca urdió tan rica trama*. En una égloga imitó la *Fábula de la lluvia*, de Pedro Cardenal, el gran satírico de la lengua de Oc.

La elegía en contestación á Ferreira, que le había consolado en la muerte de su hijo, tiene mucho de epístola, y agrada más que otros versos largos de Sá de Miranda. Los que dirigió á Jorge de Montemayor están en castellano, como otras muchas poesías suyas. En aquellos felices tiempos era raro el vate lusitano que no em-

please la lengua de la España central tanto ó más que la propia.

Las epístolas morales en metro nacional fueron imitadas por algunos, aunque pocos, amigos de Sá de Miranda. Fué uno de ellos Manuel Machado de Azevedo, su cuñado, en cuya biografía, escrita por el marqués de Montebello (Madrid, 1660), viene inserta una carta en redondillas al mismo Sá. Tengo, no obstante, mis dudas sobre la autenticidad de esa composición. Á lo menos, es casi seguro que ha llegado interpolada á nuestros días, porque en ella se cita á Camoens ¹.

Padre y maestro de la escuela *quinbentista* fué Sá, y su influencia como introductor del gusto italiano se asemeja en todo á la de Boscán. Sus discípulos penetraron más que ellos en el espíritu de la antigüedad, si bien la escuela portuguesa no llegó, como la salmantina, á fundir el arte antiguo con la poesía moderna. Camoens es la excepción única y gloriosísima de esta regla.

El *quinbentista* por excelencia, el *horaciano* y *latino*, el hombre del Renacimiento en Portugal, fué Antonio Ferreira. Faltábale estro lírico, aunque no del todo, y calcaba de la poesía latina

¹ Para las citas de Sá de Miranda he seguido la edición de Lisboa, 1804, en todo conforme á la primera de 1595. La vida de Sá ha sido largamente expuesta por Theophilo Braga en su *Historia dos quinbentistas*.

las formas y el espíritu, como tantos otros, pero sin animarlas con un aliento juvenil y vivo. Su memoria es muy respetada en Portugal, porque nunca usó en sus obras impresas más lengua que la propia, y sostuvo siempre la necesidad de escribir sólo en portugués, aunque pocos le siguieron. Es célebre aquel terceto suyo:

«Floreça, fale, cante, ouça-se, e viva
A portugueza lingua, e já onde fôr,
Senhora vá de si, soberba e altiva....»

Con igual decisión escribe en su oda primera:

«Renova mil memorias,
Lingua aos teus esquecida,
Ou por falta d'amor, ou falta d'arte:
Sé para sempre lida
Nas portuguezas glorias....
A mim pequena parte
Cabe inda do alto lume
Igual ao canto: o brando Amor só sigo,
Levado do costume,
Mas inda em alguma parte,
Ab Ferreira, dirão, da lingua amigo.»

Y dijolo, en efecto, Francisco Manuel:

«Bom Ferreira da nossa lingua amigo....»

Esta oda empieza imitando el *Odi prophanum vulgus et arceo*:

«Fuja daqui o odioso
Profano vulgo....»

En las restantes líricas, no sólo toma Ferreira pensamientos del Venusino, sino que aprovecha casi enteras las odas latinas, aplicándolas á

asuntos modernos, de igual suerte que Francisco de Medrano. El *Quò, quò, scelesti, ruitis* está reproducido en la oda *A los príncipes cristianos*:

«Onde, onde assi crueis
Correis tam furiosos....»

que tiene bastante animación y movimiento, á lo cual se agrega el noble interés del asunto. La oda *A la nave*, que es quizá la mejor de Ferreira, no pasa, como vimos, de una libre y feliz traducción del *Sic te Diva*. Á Pero d'Andrade Caminha dedica el magistrado portugués una imitación del *Eben fugaces*:

«Fogem, fogem ligeiros
Nossos dias e annos....»

La moral es más grave y severa que en el poeta latino. Encierra esta oda trozos de gran nobleza de ideas, como el siguiente:

«Spiritos gloriosos
Que desta baixa terra
Fostes morar aos Ceos em clara alteza:
Ditosos vós, ditosos
Que já victoriosos
De tam misera guerra
Despistes esta nossa vil baixaza....»

No sin razón elogiaba Ribeiro dos Sanctos en las obras de Ferreira la filosofía *no teórica*, sino *práctica y segura*. Ella es el principal esmalte de la oda *A Don Juan de Lancastre*, donde en breves y enérgicos rasgos se describen el poder y seguridad de la conciencia:

«Nãõ teme, nãõ espera,
Nãõ pende da fortuna, ou vãõs cuidados
A consciencia pura....
..... A direita
Via seguindo vay;
A virtude levando so por guia,
Nãõ torce, nãõ duvida....»

La célebre máxima de los estoicos *sólo el sabio es libre y feliz*, fué expresada por Ferreira, siguiendo á Epicteto, de esta manera, en la oda *A Don Alfonso de Castel Branco*:

«Nãõ descansa, nãõ mora,
Sancta felicidade
Em torres, em thesouros, em grandezas.
¡Errada vaidade!
Issos bens sãõ de fóra,
Nosso só he o saber, que tanto prezas....»

La oda á Manuel de Sampayo, escrita, de igual modo que la dedicada á D. Antonio de Vasconcellos, en estancias largas al modo de canción toscana, se acerca menos al género y á las formas de Horacio, y ofrece un carácter más personal é íntimo que otras odas del poeta. Á todas excede en abundancia, lozanía y riqueza de colores una imitación libre y galana del *Sol-vitur acris hyems* y del *Diffugere nives*, que principia

«Eis nos torna á nascer o anno ferroso,
Zefiro brando e doce primavera....»

Es de lo más primoroso de la poesía lusitana,

y hasta la versificación corre más fluida y sonora que en otras piezas de Ferreira:

« Olho claro do ceo , vida do mundo ,
Luz que a luna e estrelas alumias ,
O movedor segundo
De quantas cousas cá na terra crias ,
Crespo Apollo que os dias
Trazes fermosos e as dauradas horas.... »

Las trece odas de Ferreira deben contarse entre las primicias de nuestra poesía horaciana. ¡Lástima que el autor, ó por falta de inspiración valiente, ó por sobra de superstición hacia los modelos antiguos, no se atreviese á volar con alas propias, partiendo de Horacio, cual lo hizo Fr. Luís de León, tipo y modelo eterno de la poesía lírica española, como quien concentró todas sus perfecciones y excelencias! Ferreira se le acerca á veces en las odas morales, pero nunca pasa de ese género, que en el teólogo de Salamanca fué sólo un tránsito á otro más puro y de quilates estéticos más altos.

Compuso el jurisconsulto lisbonense una tragedia intitulada *Castro*, acerca de la cual hay entre castellanos y portugueses una empeñada cuestión de historia literaria. Esa tragedia y la *Nise lastimosa* del dominico gallego Fr. Jerónimo Bermúdez, son idénticas. ¿Quién tradujo á quién?, se pregunta. Martínez de la Rosa falló el pleito, creo que con un poco de precipitación, á favor de los lusitanos. Por de pronto, los datos bibliográfi-

cos están en contra. La *Nise* se imprimió en 1577, y los *Poemas lusitanos* de Ferreira no aparecieron hasta 1598. Es cierto que algunos bibliófilos citan una antigua edición de la *Castro*, que no he visto, pero sé que es posterior á la de entrambas *Nises*. Verdad es que Ferreira había muerto en 1569, pero pudo ver manuscrita la tragedia de Bermúdez, lo mismo que éste la suya. Si por esta parte la cuestión no está clara, tampoco se obtiene gran resultado de la confrontación de los dos textos. Unas veces aparece mejorado el de Ferreira, lo cual induciría á sospechar que él fué el traductor; otras acontece lo mismo con el de Bermúdez, y entonces puede creerse lo contrario. En Ferreira hay una escena y un coro que no están en Bermúdez. Por el contrario, Bermúdez tiene un coro:

« También el mar sagrado
Se abrasa en este fuego.... »

que falta en la *Castro*, y vale tanto como los que son comunes á las dos tragedias. Resueltamente no puede afirmarse nada. Por lo demás, no tengo inconveniente en dejar á nuestros vecinos, tan pobres de teatro, la pieza objeto de esta rencilla provincial. Una tragedia clásica más ó menos, sin acción ni movimiento apenas, bien escrita, aunque falta de color, y adornada de lindos coros, en nada acrece ni amengua el tesoro de la literatura dramática castellana, con cuyos des-

pojos hubo siempre bastante para enriquecer á extrañas gentes. No vale la pena de reñir por tan poco. De todas suertes, la *Castro* es española, y no es cuestión de vida ó muerte el que fuese un gallego ó un portugués su primitivo autor.

Poco ó nada diré de los coros de la *Castro*: quedan indirectamente analizados al hablar de la *Nise*. El que es propio y peculiar de Ferreira y comienza :

«Cuando amor nasceo ,
Nasceo ao Mundo vida ,
Claros rayos ao sol , luz ás estrelas....»

encierra trozos de gran riqueza de elocución y estilo.

Los metros empleados por Ferreira en sus cantos horacianos muestran bastante diversidad y halago. Usó la lira á imitación de Garcí-Lasso, enlazando á veces el último verso de cada estrofa con el primero de la siguiente, y haciendo varias combinaciones de rimas, todas de buen efecto. Solo en los coros de la *Castro* manejó los *sáficos* y otros metros de origen latino, lo cual no deja de ser un indicio contra la originalidad de su tragedia. Que los usase Bermúdez nada tiene de extraño, pues antes que él escribiese eran conocidos en Castilla, como en su lugar vimos; mas no sucedía otro tanto en Portugal, á lo menos según mis noticias. Pudo Ferreira imitarlos de las tragedias de Séneca; pero entonces, ¿por

qué no los tomó de Horacio, en sus poesías líricas? ; Singular fuera que no se le hubiese ocurrido ensayarlos hasta que compuso una tragedia, cuando abundaban tanto en las odas del Venu-sino, á quien él se había propuesto casi por único modelo!

Perfeccionó Antonio Ferreira la epístola horaciana, cuyas primeras muestras había dado Sá de Miranda. El autor de los *Poemas lusitanos* hizo hasta veintiseis, distribuídas por igual en dos libros. Fuera de una en verso suelto, las restantes están escritas en tercetos. Son infinitos los lugares de Horacio imitados ó traducidos en ellas. Abundancia de pensamientos y facilidad de estilo las avaloran. Tienen, además, interés grande para la historia literaria. La dirigida á Pero d'Andrade Caminha es una especie de reprimenda filológica. Esfuérzase Ferreira en recomendar el cultivo de la lengua propia, con el ejemplo de las naciones extrañas:

« ¡ Daquella lta elegancia quánta parte ,
Deves, tu Grecia , áquelle tam louvado
Poeta que assi soa en toda a parte !
¿ E tu gran Tybre , de que estás honrado ,
Senão com a pureza dos escritos
Daquelle Mantuano celebrado ?
¡ Garcilasso e Boscão , que graça é spritos
Déstes á vossa lingua , que Princeza
Parece já de todas na arte e ditos !
¡ E quem limou assi á lingua francesa
Senão os seus franceses curiosos

Com diligencia de honra, e amor accesa,
E vos ó namorados, e ingenhosos
Italianos, quanto trabalhastes
Por serdes entre nós nisto famosos!... »

Obsérvese la admiración con que Ferreira habla de la lengua castellana, *Princesa de todas*, precisamente cuando censura á los portugueses que escriben en ella.

En otra epístola al mismo Caminha está enérgicamente expresado el *horacianismo* de Ferreira:

« Aquelles versos teus, doces e puros,
Entenda eu sempre e ouça: elles abrandem,
Elles dem graça aos meus frios, e duros.
Á ti lean, *gran Flaco*, após ti andem
Meus olhos.... »

La carta á Diego Bernardes es una recapitulación de los preceptos del *Arte Poética*, la cual á veces literalmente traduce; v. gr.:

« Do bom screver, saber primero hé fonte....
Questão foi já de muitos disputada
Se obra en verso arte mais, se a natureza:
Uma sem outra val ou pouco ou nada.... »

Ferreira se declara más por el *arte* que por la *naturalaleza*.

« Mas eu tomaria antes a dureza
D'aquella que o trabalho e arte abrandou,
Que d'est'outro a corrente e van presteza.... »

Era uno de esos ingenios tardos que la continua labor aguza. Apenas se le ocurre un pensa-

miento ni una frase original en esta epístola. Traduce el *Nescit vox missa reverti*:

« A palavra que sai uma vez fora
Mal se sabe tornar.... »

Traduce el *Quintilio si quid recitares*, aplicándose a Sampayo. Lo traduce todo. El principio de la epístola al Cardenal Infante D. Enrique está tomado del *Cum tot sustineas*.

«Entre tantos negocios e tan graves....»

La dirigida al archivero de Tombo, Antonio de Castilho, trae en seguida á la memoria el *Juli Flore, quibus terrarum militet oris*. Sería enojoso proseguir este cotejo ni examinar una á una estas epístolas. En todas hay pasajes dignos de loa y útiles enseñanzas, pero suelen carecer de la ligereza de Horacio y rayar en apelmazadas é indigestas, por faltarle á Ferreira la *vis satyrica* que en los Argensolas compensa la falta de rapidez y soltura. La que de preferencia ha de leerse entre las epístolas del *desembarçador* lusitano es la dedicada á D. Simón de Silveira; verdadero manifiesto *Quinbentista*, y documento crítico de sin igual importancia para la historia de las controversias á que dieron margen las innovaciones de Sá de Miranda.

Fué nuestro Ferreira el primero que en portugués usó el verso suelto, aunque anduvo lejos de la perfección en él más tarde alcanzada. Enojábanle las trabas de la rima, pero las acep-

taba como un mal necesario, á lo que se deduce de estos tercetos de la epístola que cité últimamente:

«¡ O doce Rima ! mas inda ata e dana ,
 Inda do verso a libertade estreita ,
 En quanto co som leve o juizo engana.
 Nãõ foy a consonancia sempre acceita
 Tam repetida , assi com' a doçura
 Continua o appetite cheo engeita.
 Mas soframo-la em quanto huma figura
 Nãõ vemos , que mais viva represente
 D'aquella Musa antigua a boa soltura.
 Esta deu gloria á Italiana gente ,
 Nesta primeira ardeo cá o bom Miranda ,
 Vivem Lasso e Boscãõ eternamente....»

Terminemos con el gran horaciano portugués del siglo de oro. Lo que en sus cartas hay de autobiográfico las hace doblemente interesantes. En tal concepto, han sido ampliamente ilustradas por varios eruditos. No son muy leídas, pero conservan su estimación primera, quizá un poco superior á su mérito¹.

Garrett, en su *Bosquejo da historia da poesia e lingua portugueza*, dijo con error que fué Ferreira el más antiguo imitador de Horacio en lenguas vivas y el primero que pulsó la lira clásica.

¹ Para las citas de Ferreira seguimos la ed. de 1771, dirigida por Pedro José da Fonseca. Véase además el excelente estudio biográfico crítico acerca de aquel clásico lusitano publicado por nuestro buen amigo el Vizconde de Castilho,

« Bien digno sucesor de un nombre ilustre. »

Este *lapsus* prueba la ligereza con que han solido escribir los críticos de ambas naciones peninsulares, por no llevar de frente la historia, inseparable siempre, de las dos literaturas. ¿No conocía Garrett *La flor de Gnido*? ¿Ignoraba que Garcí-Lasso dió el primer modelo de lírica clásica, anterior y preferible á los de Ferreira? Y quizá parezca algún ensayo italiano de más antigua fecha¹.

El magisterio de Ferreira fué acatado por el mayor número de los *quinbentistas*. Pero d'Andrade Caminha era uno de esos ingenios adocenados, á quienes sólo da importancia la época en que nacieron. Sus versos, insípidos é incoloros, no se levantan un punto de la medianía. Comenzó imitando las cartas en redondillas de Sá de Miranda, cual es de ver en la dirigida á Juan Rodríguez de Sá de Menezes:

«Pae das Musas desta terra,
 Juntas por vós á nobreza....»

Hízolas también en tercetos, primero á imitación del mismo Sá, y luego á ejemplo del que fué en algún modo su discípulo, Ferreira. Á él

¹ Las hay, en efecto, de Bernardo Tasso y de otros, algunas de ellas en estrofas de cinco versos bastante análogas á la *lira* castellana:

«André la notte e'l giorno
 Il tuo nome cantando,
 Per queste piaggie intorno;
 E l' anime chiamando
 Che dietro al senso van sviato errando....»

está dedicada la mejor de esas epístolas, notable sobre todo por la efusión con que Caminha habla de su joven amigo, y por el justo tributo que paga á su mérito:

«Antonio, quando vejo o engenho raro,
O puro spirto que nos vás mostrando,
O estilo facil, alto, limpio e claro,
Vejo que vás em tudo renovando
Aquella antiguidade....»

Apenas hay en las obras de Caminha más rasgos de inspiración que algunos de la elegía en que lloró la muerte de doña María Pimentel, esposa de Ferreira. La amistad le hizo poeta en esta ocasión, al paso que el empeño de adular servil y bajamente á su Mecenaz D. Duarte condenó á irreparable fastidio la mitad de sus poesías.

Compuso Caminha algunas odas regulares en el género horaciano, pero no llegó á penetrar el espíritu de la poesía antigua. Muy indulgente anduvo Dias Gomes en calificar de *bellas* las líricas en loor de Sá de Miranda y de Ferreira, é hipérbole fué decir que *honraban la poesía portuguesa*. Pero no ha de negarse que el estilo de esas odas es limpio y correcto, y que las estrofas tienen cierta animación, si bien los pensamientos corresponden á la mera prosa.

Por ningún respecto era Caminha poeta lírico¹. Hasta como carácter le hacen poco simpá-

¹ Véase la edición hecha en 1791 por la Academia Real de Ciencias de Lisboa.

tico sus embozadas detracciones á Camoens y su necia deposición en el proceso de Damián de Goes. No creo, sin embargo, que haya razón para calificarle de *infame*, como lo hace Teófilo Braga. Como quiera que sea, bien castigado está Caminha con el olvido en que la posteridad le tiene, justa compensación de los honores y riquezas que con poca justicia alcanzó en vida.

Poeta de otro temple y de otra valía fué Diego Bernardes, uno de los más lucidos y geniales sectarios del *quinbentismo*. Aparte de su falta de probidad literaria, que le hizo apropiarse un poema, cinco églogas y varios sonetos de Camoens, hurto que hoy parece demostrado, Bernardes es bastante rico de su propio fondo para merecer uno de los primeros lugares en el Parnaso lusitano, quizá el primero entre los bucólicos. Á ello le hacen acreedor la suavidad de la frase y la delicadeza del sentimiento.

Apenas cultivó la oda horaciana. Era hombre de poca cultura literaria, y aun en las epístolas siguió á Sá de Miranda, á Ferreira y al mismo Caminha más que al Venusino. Muestra en ellas una dulzura de versificación que contrasta con el escabroso y áspero estilo de sus modelos. Están además llenas de alusiones á su vida y amores. Pero el fundamento real de su gloria no estriba en las *Cartas*, sino en las *Églogas* y en los *Sonetos*.

Fr. Agustín de la Cruz, hermano del dulce cantor del *Lima*, tampoco siguió las huellas de Horacio. Pasa generalmente por poeta *místico*, pero es más bien *ascético*. Sus églogas espirituales son muy bellas. En lo demás, le falta arranque lírico.

Andrés Falcao de Rezende fué de los primeros que en Portugal cultivaron la sátira horaciana, pero con tanta vaguedad é indecisión, que llamó indistintamente *sátira ó elegía* á una de sus composiciones. Entre ellas merece citarse la dedicada á Camoens, donde se reprende á los grandes que desprecian á los doctos y gastan su haber con truhanes. Compuso Falcao, como casi todos los *quincentistas*, muchas epístolas: en una de ellas, la 5.^a, usa el verso suelto, que iba poniendo en moda su amigo Jerónimo de Cortereal. De alguna mención son dignas las odas de Rezende, sobre todo la 7.^a *Á doña María de Figueiroa, mujer de D. Alonso de Bazán*, que, si bien mediana, es de carácter bastante horaciano, cual pudiera esperarse de un traductor del lírico de Venusa:

« Cese tu triste duelo,
Cese, ansiosa señora, y los cuidados
De amoroso recelo,
Que presto ya trocados
Serán gustos y bienes deseados... »

En el prosaismo y en la tendencia didáctica,

Falcao se asemeja bastante á Caminha. Más que todas las epístolas del primero vale la que desde la India le dirigió Héctor de Silveira.

Sólo de pasada mencionaré las cinco medianísimas odas horacianas que andan á nombre de Pero da Costa Perestrello, y fueron publicadas á fines del siglo pasado por el profesor de Retórica Antonio Lorenzo Caminha. Inocencio da Silva y otros eruditos dudan de su autenticidad. Teófilo Braga la defiende.

Baste de poetas medianos: llegamos á Luís de Camoens. Y no voy á hablar de *Os Lusíadas*, incomparable monumento de nuestra poesía épica, sino de sus versos líricos, que le dan uno de los lugares inmediatos á Fr. Luís de León; y tampoco de todos ni de los más bellos, que son las canciones y los sonetos, sino de sus odas horacianas. Camoens, grande imitador de Garcilasso, como se nota á cada momento en las églogas, escogió por modelo en sus liras *La Flor de Gnido* más que las odas de Antonio Ferreira. Una de las *camonianas* tiene el mismo objeto que la del vate toledano: vencer la esquivanza de una dama. El episodio de Anaxarete está sustituido con el de Safo,

«...ejemplo do se vea
Que también quedan presas las que prenden...»
(Traducción de D. Lamberto Gil.)

La más bella de las odas de Camoens es imi-

tación del *Diffugere nives* y del *Solvitur acris*. Prescindiendo de lo manoseado del tema, que entonces lo era mucho menos que hoy, véase con qué lozanía reproduce Camoens los pensamientos del lírico latino:

«Ya de los montes fríos
La nieve huyendo va: ya reverdecen
Los árboles sombríos,
Las verdes hierbas crecen,
Y al prado mil colores embellecen.
Zéfiro blando espira,
Afila amor su flecha voladora,
Prógne triste suspira,
Y Filomela llora,
Y el cielo de la tierra se enamora....
Están las oficinas
De los duros Ciclópes descansando:
Las flores matutinas
Las Ninfas van cortando,
La tierra con ligeros pies tocando....»

Las consideraciones morales que siguen á este gracioso cuadro, están asimismo traducidas, en parte, de Horacio:

«Porque, en fin, nada basta
Contra el fin triste de la noche dura.
No pudo Delia casta
De la caverna oscura
Á Hipólito volver á la luz pura.
Ni Theseo esforzado
Ó con maña ó con fuerza valerosa,
Á Piritóo osado,
Sacó de la espantosa
Prisión letea oscura y tenebrosa....»

Pero no se halla en Horacio el pensamiento de esta soberbia estrofa:

«El bien que aquí se alcanza
No dura por pujante ni por fuerte;
La bienaventuranza
Durable es de otra suerte:
Se alcanza aquí, se goza tras la muerte.»

(Trad. de D. L. Gil.)

El vate pagano se limita á decir: *Pulvis et umbra sumus*. El portugués, en lo que añadió, procede como maestro.

Con no menor lozanía y riqueza de dicción, aunque con menos rapidez lírica y sabor antiguo, celebró Camoens la entrada del verano en la hermosa oda que principia:

«lá a calma nos deixou
Sem flôres as ribeiras deleitosas,
lá de tudo seccou
Candidos lírios, rubicundas rosas....»

La poesía descriptiva, en que á nadie cede el que fantaseó la *Isla de los amores*, derrama en este canto sus tesoros. Sucédense imágenes vivas y risueñas, en precisión y pureza sin iguales.

«As gôtas que das alvas pedras saltam
Ó prado como perolas esmaltan....
E sôbre o seu cabello ondado e louro
Deixe cahir o bosque o seu thesouro.»

¿A qué lector no traen á la memoria estos últimos versos otros hermosísimos de Góngora,

uno de los poetas más semejantes á Camoens en gallardía y riqueza de estilo, cuando no delira:

«Ondeábale el viento que corría
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despertar del día»?

Mostróse el cantor de Gama alumno aventajado de la antigüedad en el himno sobre los amores de Tetis y Peleo y el nacimiento de Aquiles,

«Naquelle tempo brando....»

Pero le daña el terrible cotejo con el *Epitalamio*, de Catulo, obra inmortal á cuya perfección estatuaría ni de lejos se acerca este rasgo fugitivo.

Mejores son las odas *eróticas*, aunque en este género no amoldó Camoens sus más bellas inspiraciones á la *estrofa* horaciana, sino á la *estancia* petrarquista. El amor que en todas estas piezas se decanta es de una especie aérea y sutilísima, que de seguro no hubiera entendido Horacio:

«Aquelle não sei que,
Que aspira não sei como;
Que invisibil saindo, a vista o ve;
Mas para comprender não le acha tomo,
E que toda a toscana poesia
Que mais Phebo restaura,
Em Beatriz nem Laura nunca via....»

La oda *Á la luna* rebosa de espíritu pagano:

«¡ Delia! que con bellísimas estrellas
Coronas y rodeas
Tu blanca frente y tus mejillas bellas...
Para ti guarda el sitio fresco de Ilio
Sus sombras deliciosas,
Para ti el Erimanto y lindo Epilio
Las coloradas rosas...
De las honestas vírgenes los gritos
Siempre ¡oh Lucina! oiste...
¿ De qué pantera, ó tigre, ó leopardo
Las ásperas entrañas
No temían tu agudo y fiero dardo,
Cuando por las montañas
Más remotas y extrañas,
Veloz atravesabas,
Tan bella que al Amor de amor matabas?»

(Trad. de D. Lamberto Gil.)

Catorce son las odas que en las ediciones más completas de Camoens aparecen. Sólo cinco ó seis entran rigurosamente en el género horaciano; pero se asemejan todas por la disposición de las estrofas, que suelen ser *liras* al modo de Garcí-Lasso, aunque á veces llegan á siete ú ocho versos, siempre aconsonantados¹.

Una de las que considero más horacianas es la 10.^a, en que el poeta se justifica de amar á su es-

¹ Entre las infinitas ediciones que de Camoens existen, hemos seguido la de Hamburgo (1834) y la del vizconde de Juromenha (1860). Sólo cinco de las odas fueron traducidas por D. Lamberto Gil (Madrid, 1818).